

LAS CLAVES LIBERADORAS DE LA BIBLIA

(Dolores Aleixandre, apareció anteriormente en la revista Razón y Fe, 224. pp 136-145.)

En el antiguo Egipto existía la costumbre de poner alimentos en las tumbas de los faraones para que no carecieran de ellos en la nueva forma de vida en la que entraban. A un arqueólogo se le ocurrió plantar algunos granos de trigo encontrado en el interior de una pirámide recientemente descubierta y el trigo germinó. La fuerza de aquella semilla había atravesado la muralla de los siglos y había vencido las leyes de la caducidad.

Los creyentes en Jesús nos atrevemos a afirmar que esa semilla que es su Evangelio sigue poseyendo un impulso capaz de vitalizar nuestra realidad de hoy.

Para hablar de "Biblia y liberación de la mujer" hay que volver la mirada a aquello que constituye su referencia fundamental: cuál fue el comportamiento de Jesús hacia las mujeres y qué se deriva de esas actitudes tuyas para nuestro hoy. Como reconocer cada uno de esos encuentros desborda las posibilidades de este trabajo, vamos a acercarnos solamente a seis figuras femeninas, cinco del Nuevo Testamento y una del Antiguo:

- María de Nazaret
- La mujer encorvada a la que Jesús enderezó
- María de Betania
- La samaritana
- María Magdalena
- Sara de Ur, la mujer de Abraham.

Las tomas de posición de Jesús y su modo de relacionarse con ellas, tuvieron entonces y siguen teniendo ahora un poder de transformación que aún no hemos acabado de descubrir.

Vamos a observar de cerca a seis mujeres que se vieron envueltas en la ráfaga de libertad y de vida de la presencia de Jesús y a tratar de encontrar, a través de las claves simbólicas que encierra cada relato, el germen de novedad transformadora que guarda para nosotros.

1. MARÍA DE NAZARET

Al referirnos en primer lugar a María, la Madre de Jesús, vamos a fijarnos únicamente en un aspecto de la acción liberadora de Jesús sobre ella y del que raramente se habla: el de la liberación de los mitos, de los grandes símbolos y de las sublimes palabras. Sería muy largo

explicar aquí la manipulación tan frecuente del tema femineidad/maternidad y cómo se utiliza para confinar a las mujeres bajo apariencias de exaltación.

Cuando una mujer de entre la gente dijo a Jesús: "¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!", Jesús corrigió: "Mejor: ¡Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!" (Lc 11, 27-28). Bendita corrección que saca a María y con ella a todas las mujeres del ámbito de la naturaleza y de la "función" para pasarla al de la persona, es decir, a su verdadera dignidad que no le viene a la mujer por su capacidad de engendrar y parir, sino por la de su responsabilidad para dar una respuesta libre.

La palabra que, según el Evangelio, se dirigió a María, pasó por su escucha, no le fue impuesta (Lc 1, 26-38). Dejó espacio a su reflexión y a su opción libre y la actitud de "activa receptividad" con que María la acoge es calificada por Lucas con el verbo dialogizeto, término del que se derivan las palabras "diálogo" y "dialéctica". María se convierte en la Madre de Jesús mediante un consentimiento libre y deliberado y ahí estará su verdadera grandeza. Luego a María nos la han arrebatado hacia una región etérea y distante, poblada de mayúsculas, de superlativos y de cabezas de angelitos incorpóreos, como esos que rodean las peanas de las estatuas.

Y por lo que se refiere a las mujeres en general, se ha producido con frecuencia un fenómeno similar: consiste en hablar de la mujer con mayúsculas de exaltación y en un tono de lirismo poético, que no es más que la otra cara de los estereotipos que la confinan en los ámbitos que resultan más cómodos para los varones. Porque esas admiraciones vacías encierran la trampa de convertir las diferencias en desigualdades y alejan del único modo de relación que es verdaderamente humano: el del respeto mutuo, la colaboración, el diálogo, el don y la acogida. Y del auténticamente cristiano que no es un "modelo de escalafón", sino un proyecto fraterno de hermanos y hermanas, compañeros igualitarios en un recorrido de fe en el que nos ayudamos unos y otras a caminar.

Esta llamada a la liberación de mitos incluirá también otro mito peligroso: el del feminismo mesiánico. Estas son algunas de sus expresiones: "va a estallar la hora de la mujer" (nada lo garantiza con absoluta seguridad); "la Iglesia gobernada por mujeres dejaría de ser autoritaria" (pero podemos tener anticuerpos ocultos de autoritarismo); "hemos estado siempre oprimidas" (pero hemos favorecido muchas veces la prepotencia masculina con nuestro servilismo y sumisión cotidianos...). Si no reconocemos esto, corremos el riesgo de caer en aquellas mismas pseudo-seguridades y suficiencias que pretendemos evitar.

2. LA MUJER ENCORVADA

La segunda mujer del Evangelio que nos ofrece una clave simbólica de la liberación es aquella que curó Jesús un sábado en la sinagoga: "Había allí una mujer que desde hacía 18 años estaba enferma a causa de un espíritu y andaba encorvada, sin poderse enderezar del todo. Al verla Jesús la llamó y le dijo: "Mujer, quedas libre de tu enfermedad". Y le aplicó las manos. La mujer, en el acto, se puso derecha y glorificaba a Dios" (Lc 13, 10-17)

La espalda doblada de aquella mujer es la imagen de todas las cargas, de todas las opresiones, de todas las humillaciones y sometimientos que viven tantas mujeres en el

mundo. Es el símbolo de la imposibilidad de mirar a los otros de frente, de dirigirse a ellos como a un igual, de entablar una relación de reciprocidad. <%-3>Por eso, el gesto de Jesús y sus palabras estallaron con una fuerza insólita de liberación y de restablecimiento de dignidad para aquella mujer y para tantas otras.<%0>

Obedecer a esa palabra y enderezarse es adoptar esa postura que es el símbolo de la dignidad humana frente a la de estar encorvado que expresa la humillación o el sometimiento y que puede ser también el símbolo de muchas situaciones que vive la mujer. Millones de mujeres en el mundo viven en situaciones desesperadas y en los países más pobres, donde la gente vive en la ignorancia y en la miseria y trabajan hasta la extenuación, ellas son las más pobres, las más ignorantes, las más agotadas por el trabajo. Son las mujeres las que producen aproximadamente la mitad de los recursos alimentarios del planeta, pero rarisísimamente son poseedoras de tierras; representan un tercio de la mano de obra del mundo, pero se concentran en las escalas profesionales más bajas y están más expuestas al paro que los hombres.

El gesto de Jesús de enderezar a aquella mujer sigue siendo una llamada a las mujeres a salir de las situaciones de subordinación, de pasividad y de irrelevancia, a romper el mito de la "condición específicamente femenina" que las confina en el ámbito de la naturaleza, del destino y de la culpa.

Ponerse de pie significa que las mujeres sean capaces de sacudir de sus hombros roles, funciones y repartos injustos y de arrojar lejos esas cargas que las mantienen encorvadas e incapaces de mirar de frente. Significa tener el valor de afirmarse y sostenerse unas a otras y a todos aquellos que están también en situaciones de abajamiento y de exclusión.

3. MARÍA DE BETANIA

El evangelio de Lucas nos habla de dos hermanas que acogieron a Jesús en su casa: Marta trajinaba y María, sentada a sus pies, escuchaba su palabra. Marta reprocha a Jesús que se lo permita y su escándalo nos revela algo más que su desazón por sentirse sola en el trabajo (Lc 10, 38-41).

El reproche va dirigido en primer lugar a Jesús y encierra veladamente la sorpresa al ver que el Maestro está actuando en contra de todas las costumbres establecidas. "No tomes asiento con las mujeres", aconsejaba con severidad el Eclesiástico (42, 12). María, por su parte, estaba contraviniendo también la tradición judía: la postura de discípula no era propia de las mujeres porque un rabí nunca las aceptaba en su séquito. Pero Jesús toma partido por María y, una vez más, todos los muros que encerraban a la mujer detrás de las celosías de la exclusión, la inferioridad y el silencio, saltan por los aires.

La mujer puede escapar, como un pájaro, libre de las redes que la atrapan irremisiblemente en el quehacer doméstico. Y escapar también de todos los estereotipos y viejos modelos de relación entre hombres y mujeres como el de las famosas «características femeninas y masculinas» aprendidas desde la infancia. Esa expresión «por naturaleza son...» las define a ellas como imprevisibles, turbulentas, parlanchinas, ilógicas, débiles y las confina en el

ámbito de la casa, y los describe a ellos como lúcidos, reflexivos, capaces de mando y de responsabilidad, dotados para la especulación, la invención, la aventura y la conquista.

La libertad de Jesús para ir más allá de todos esos roles nos invita a sospechar que, en eso que atribuimos a la naturaleza, algo no está claro, ni recto, ni exacto y que hay en ello mucho más de costumbre que de otra cosa. Nos lleva a caer en la cuenta de que nuestro modo concreto de ser mujeres y hombres está modelado por las influencias de la cultura, de la familia, de la sociedad. Nos lleva a descubrir como algo radicalmente antievangélico el que en la Iglesia se repartan las tareas llamando "responsabilidad sobre las estructuras" a lo que hacen los hombres y "encargo de la infraestructura" a lo que hacen las mujeres. Y nos empuja a luchar para que, en una Iglesia en la que parece que sólo existe un modo de organizar, de pensar, de hablar, de decidir y de actuar (el modo que corresponde a la mitad masculina de la humanidad), se haga presente también otra perspectiva, otro modo de ser y de estar, de sentir e intuir, de articular pensamiento y de crear lenguaje.

Aprendemos de María de Betania a tener valor de apartarnos de algunas costumbres que se han hecho normativas en la sociedad y en la Iglesia aun a sabiendas de que, cuando queda contravenida una norma, viene la sorpresa, la defensa de "lo que siempre se ha hecho", la acusación de ir contra lo establecido.

Es importante tener una comprensión empática de la dificultad que tienen muchos hombres y más en la Iglesia, para aceptar los cuestionamientos, los cambios, los nuevos comportamientos, la ruptura de los modos de relación que les inculcaron desde pequeños. Todo eso hay que tenerlo en cuenta para actuar con paciencia y prudencia, pero sin renunciar por ello a una crítica tenaz y perseverante de todo aquello que falsea las relaciones y deforma las mentalidades. Porque no son las costumbres ni las tradiciones sino la verdad la que nos hace libres.